EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

Nº 50 (2018), páginas 63-72

Jorge Vázquez Vega

Facultad de Filosofía de León, México

Fenareta o la mayéutica de las categorías

Resumen:

El propósito del ensayo es vindicar una acepción *objetual* del término «mayéutica», proyectando la retícula heurística del materialismo filosófico sobre la analogía de proporcionalidad que Platón anuda entre la μαίευσις de la comadrona y el ἔλεγχος del filósofo (*Teeteto*, 149a - 151d). Se redefine así a la Filosofía –a la Idea de Filosofía propugnada por el materialismo filosófico– como una mayéutica que, desde los *intermundos categoriales*, partea, totaliza y enclasa en manera de *Ideas trascendentales* las aporías de esos círculos de inmanencia a que la teoría del «cierre categorial» llama *categorías*.

Palabras clave: Platón, mayéutica, categorías, Ideas.

———

Abstract:

The essay's aim is to vindicate an *objectual* meaning of the «maieutics» notion, throwing the heuristic reticle of Philosophical Materialism on the analogy of proportionality that Plato knots between the μαίευσις of the midwife and the ἔλεγχος of the philosopher (*Theaetetus*, 149a-151d). Philosophy is thus redefined as a maieutics that —from the *categorical inter-worlds*— brings forth, totalizes and classifies in form of *trascendental Ideas* the apories of those circles of immanence that the theory of «categorical closure» calls *categories*.

Keywords: Plato, maieutics, categories, Ideas.

EL BASILISCO

Fundador

Gustavo Bueno

Director

Gustavo Bueno Sánchez (Universidad de Oviedo)

Secretaría de Redacción

Clara Bueno (Fundación Gustavo Bueno)

Consejo de Redacción

Ismael Carvallo (Facultad de Filosofía de León, México)
Jesús G. Maestro (Universidad de Vigo)
José Arturo Herrera Melo (Universidad Veracruzana, México)
Patricio Peñalver (Universidad de Murcia)
Elena Ronzón (Universidad de Oviedo)
Pedro Santana (Universidad de La Rioja)

latindex catálogo

Dialnet

Todos los artículos publicados en esta revista han sido informados anónimamente por pares de evaluadores externos a la Fundación Gustavo Bueno.
EL BASILISCO se publica con periodicidad semestral. Véanse las normas para los autores en: http://www.fgbueno.es/edi/basnor.htm

http://www.fgbueno.es/bas
basilisco@fgbueno.es

ISSN 0210-0088 (vegetal) - ISSN 2531-2944 (digital)
Depósito Legal: O-343-78

φñ Fundación Gustavo Bueno

© Fundación Gustavo Bueno * Avenida de Galicia 31 * 33005 Oviedo (España)

Fenareta o la mayéutica de las categorías

Jorge Vázquez Vega
Facultad de Filosofía de León, México

§. I

Hoy ofrezco a la lectura el saldo de cierta lección que, bajo la égida de nuestra Facultad de Filosofía de León, tuve la honra de impartir el 8 de diciembre de 2017 como tributo a la recién instituida Cátedra «Amparo Gaos» de Estudios Clásicos. Con el título de «Platón en una nuez» y enarbolando la consigna ¡Filósofos, *ad fontes*! (variante sólo del nietzscheano *Auf die Schiffe, ihr Philosophen!*), tenía la susodicha lección por asunto elucidar el sentido *noetológico*[1] *de la sentencia que presuntamente figuraba como epígrafe del perípato académico* (ὁ ἔξω περίπατος: el μουσεῖον, la διατριβή o el ἀκροατήριον); ya sabéis: 'άγεωμέτρητος μηδείς εἴσίτω. Entonces se trataba –un poco a la manera del Aristóteles que hace descender al aeróstato platónico en la bella parábola de Michelstaedter–; se trataba, a partir de los conceptuosos testimonios que el muy docto helenista Henri-Dominique Saffrey reuniera en su ya más que clásico *Ἀγεωμέτρητος μηδεὶς εἰσίτω. Une inscription legéndaire*[2]*; se trataba –repito– de remontar hasta una perspectiva filosófica cuya potencia anairética (ἀναίρεσις) fuera tan de alto coturno como para entresacar, más allá de la leyenda que la nimba, más allá de las coordenadas emic* de Platón y más allá de los linderos categorialmente acotados de Saffrey, la «pepita de verdad» que a esta sentencia tópica subyace, a fin de «salvar los fenómenos» con que el rastreo filológico, del escoliasta Sópatros al bizantino Juan Tzetzes, nos hacía dar de bruces.

No transcribo ahora la versión íntegra de aquella lección (si bien buena y grande parte de su esencia se encuentra refundida en el presente articulejo); ofrezco lo que al pronto me ocurre llamar una *redefinición* del *materialismo filosófico* en términos de una *mayéutica de las categorías*. Acaso el término redefinición sea en grado sumo arriesgado, o lo que es peor: ingenuo. Muy de cántaro tendría yo el alma de aventurarme en cuestión tan de seso sin andaderas. Es por eso que debo confesaros cuanto antes que no de mi cosecha son las tesis en desquite de las cuales salgo aquí fiador, sino que obra son de mano maestra. Cuéntanse en la *teórica flamante* de don Gustavo Bueno Martínez, filósofo español a cuya frente bien puede ceñirse –en virtud de esa diátesis o contagio puro del platonismo que ostenta su filosofía– el epíteto amonedado por Agatías en loor de Damascio el sirio y sus secuaces, a saber: la flor de cuño entre los filósofos. Entendámonos, Fedro: no es éste, no, un epíteto laudatorio; no lo es sólo. Reduce a mano de hormiga –si no yerro el tino– la tesis sobre la que el sistema entero del materialismo filosófico se asienta, y que reza como sigue:

(1) Sobre el término *noetología* y sus vaivenes, vide: José Manuel Rodríguez Pardo, «Noetología, la ciencia que se busca», *El Catoblepas*, nº 83, 2009, página 1.

(2) Henri-Dominique Saffrey, «Ἀγεωμέτρητος μηδεὶς εἰσίτω. Une inscription legéndaire», *Revue des Études Grecques*, nº 81, 384-385, 1968, págs. 67-87.

Jorge Vázquez Vega. *Fenareta o la mayéutica de las categorías*
El Basilisco, nº 50 (2018), págs. 63-72. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

> El materialismo no es una doctrina más o menos respetable y defendible entre otras. El materialismo estaría tan característicamente vinculado a la conciencia filosófica que toda filosofía verdadera ha de ser entendida como materialista, incluyendo, por tanto, aquellas construcciones filosóficas que pueden ser consideradas como no materialistas, y que habrán de aparecérsenos como necesitadas de una enérgica, aunque rigurosa y probada, reinterpretación.[3]

Scilicet, que así como en el harén no puede haber más que un sultán y muchos eunucos, o así como en el panal no puede haber más que una reina y muchos zánganos –los símiles son de Schopenhauer–, en la *bellum omnium contra omnes*, en la γιγαντομαχία περὶ τῆς οὐσίας o, si queréis, en la *handgemenge* de los sistemas filosóficos (entendidos éstos no a la manera de hegelianos *Ableitungssystemen*, sino como álgebras contradistintas de Ideas homólogas); en la refriega –histórica por de contado– de los sistemas filosóficos, digo, no puede haber más que sola una *filosofía verdadera* y muchas *verdaderas filosofías*; por lo mismo, la verdad de aquélla penderá de la eficacia con que sea capaz de recoger, apartando las ortigas –la metáfora es de Juan de Salisbury–, las hierbas saludables que éstas entrañan. Apacentando en la onerosa distinción de la Escuela, diríase que el materialismo filosófico no es nada otro que la representación (*actu signato*) de lo que toda filosofía, más o menos oblicuamente, ejercita y ha ejercitado desde siempre, tomando en él hábito muy más honrado, que diría Fray Luis. El modo solo al artífice ostenta, dice Terencio y repite Wecker. Conque ninguna verdad insólito-inédita hay respecto de la que tildar a las demás filosofías de «errores» a secas. No sería ello sino un acto de desaprensión, de incuria. Los berkeleyanos de *Tlön* diránse, con todo –*actu exercito* y mal de su grado–, tan epígonos del materialismo como el viejo Señor «*Caro*».

La «redefinición» que aquí os propongo no cree trastrocar el sentido primigenio del materialismo filosófico, antes pretende apuntalarlo *ex doctrina sapientissimi Magistri*, a solo título, por mi parte, de humilde catecúmeno: λόγου κληρονόμος. Teniéndome a las crines de la tesis dicha, acometo sólo explicitar el núcleo materialista que *exercite* conlleva uno de los más memorables lugares del *corpus* platónico, *Teeteto*, 149a-151d. Planteo, en suma, que *materialismo filosófico* y *mayéutica de las categorías* son, *quodam modo* y *salva reverentia*, rótulos intercambiables, de la misma suerte que *dialéctico* y *filósofo* son, para Platón, nombres sinónimos. —*Quæstio de nomine*, oigo mascullar. Sea. —*Sed hi faciunt quæstionem de nomine, in quâ [volo] mihi caput frangere*[4], me apresuro a contestar con el padre Rodrigo de Arriaga.

Va de cuento, señoras y señores.

(3) Gustavo Bueno, *Ensayos materialistas*, Taurus, Madrid, 1972, pág. 24.

(4) *Cursus philosophicus*: *Disputationes physicæ*, Lib. III. et V., Disp. XIII, Sec. I, 3.

§. II

La historia es harto conocida. La cuenta Sócrates al joven Teeteto, en el arranque de un diálogo sobre lo que la ἐπιστήμη y cuanto de suyo le atañe sea. Teeteto, un aprendiz de geómetra cuyas agudeza y perspicacia –asegura el viejo preceptor Teodoro– son tantas cuanta pronunciada es su fealdad, sólo parangonable, como en Sócrates propio, a la del sátiro Sileno. Sus hallazgos geométricos le valdrán, mucho más tarde, la gloria, hasta el extremo de perdurar en el meollo de las εὐθεῖαι σύμμετροί τε καὶ ἀσύμμετροι (ora en longitud, ora en potencia) con que se abre el libro X de los *Elementos*. Pero por ahora ha de habérselas con Sócrates, arúspice impenitente, a quien ningún efebo de grandes dotes se le hurtaba. Era llegada la hora de los pródromos. La flecha de Ilitía –que Teócrito califica de insufrible, χαλεπὸν– le atraviesa de parte a parte. Nada que hacer. Va –dice el filósofo– a partearle el alma.

Para delicia vuestra, os traigo la versificación que de nuestro pasaje hiciera el hogaño empolvado maestro don Bartolomé Leonardo de Argensola, allá por el siglo XVII. Oíd:

Sócrates con Theetèto conversando,
(yà fuese por halàgo, ò por castìgo)
en su ironía misterioso, i blando,
Yò, (cuentan què le dixo) dulce amigo,
nazì de una Comadre, cuya suerte,
i à cuyo exemplo, el mismo oficio sigo.
Esso (le replicò) pudo exponerte
al exercicio de un vulgàr cuydado,
que tus contemplaciones desconcierte?
No eres tu aquèl Filòsofo elevàdo
gloria de Athènas? El con rostro entero,
y contra su alabanza pertrechàdo,
Dixo: ella fuè partèra, i yò partèro,
i como ella en los partos materiales,
yò en los del Alma con piedàd sevèro.
I puès para què a lùz salgan vitales,
en la capazidàd de mi juicio
El Arte, i el Amor corren iguales:
Si con las dos potencias beneficio
la preñèz del espiritu estudiosa,
con fruto me entreguè al materno oficio.
Ella, y yò, alfin, por ansia fervorosa,
i casi natural destas pasiones,
nos lamentamos de una misma cosa.
Ella, en las vigilantes ocasiones,
i cuandó por sacàr nota indecente
algùn rezien nazido en las facciones,
con industriosos dèdos, blandamente,
su forma à la naríz restituîa,
à la barba, à los labios, ò à la frente:
Si la parida, à caso, lo entendia,
no es facil de creèr cuan como Fiera
à la piadosa mano se oponia:
Sin permitír jamàs (ni à tàl partèra)

Jorge Vázquez Vega. *Fenareta o la mayéutica de las categorías*
El Basilisco, nº 50 (2018), págs. 63-72. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

què acrecentase gracia, ò sumplemènto
à lo que ella parió, aunquè mònstruo fuera.
Assi en los partos del Entendimiento,
si èl no lo estorba, hasta en la infancia ayùdo,
i las indùstrias, que mi Madre, intènto.

En efecto: de la comadrona Fenareta le viene a Sócrates el afán de someter a todos al interrogatorio, en fuerza de su demónica condena *–io Pæan!–*; políticos, médicos, artesanos, oradores, erísticos, geómetras –sobre todo geómetras–, poetas, pintores y hasta cortesanas (lleva razón Unamuno cuando dice, *en passant*, que la filosofía es de algún modo lenocinio): todos, en cuanto ἐπιστάμενοι, andan grávidos y como encinta de los más variopintos frutos, y es menester abrirlos en dos mitades por ver de catar si son éstos, como el dios en la silena o la joya en el escriño, bien de alquimia, bien de oro: empleo de zahoríes. De parejo modo a las μαῖαι, es a partir de este punto que cobra Sócrates su más genuino sentido, ya que toda procreación le está vedada. Por donde al «partero del alma» no le es dable sino terciar en los conocimientos ajenos, o mejor en los «conceptos» (*concipere!*), la ignorancia sabedora del μωροσόφους, del necio-sabio, ese «juez de todos los *maestros*» que Gomperz entreviera en la figura del filósofo (en el sentido del *Urbild* kantiano, que no está en ningún sitio) y cuya labor más se acuesta al acoso refrenador, retardatario[5] *–ut* Schelling *dicit–*, que a cualquier variedad de sustantiva *producción*, puesto que τὴν ἑαυτοῦ φύσιν –apostilla Plutarco a pie del *Teeteto–* ὡς κριτικωτέραν ἢ γονιμωτέραν[6], su naturaleza es *crítica* por contextura y no *fecunda*.

Pues bien. A trueco de la significación puramente epistemológico-subjetual que del pasaje tomado a la letra se desprende, la exégesis a que voy a entregarme tiene como propósito apurar hasta su honda significación *objetual* la analogía que a esta μαιωτικὴν τέχνην subtiende con la faena filosófica. A esta luz y en tal concepto, la analogía de proporcionalidad (*metaphorice*) que antes nos aparecía bajo la forma: «el filósofo es a las almas de los hombres lo que las comadronas al cuerpo de las preñadas», viene a mudarse en: «la filosofía es a los saberes de primer grado lo que las comadronas al cuerpo de las preñadas». La permuta o «covada» no es de poco momento. De ella resulta –si el *démon de l'analogie* no me obliga a cantar la palinodia– lo que sin mucho esfuerzo podría denominarse una mayéutica *lógico-material*, donde no son ya los «especialistas» quienes padecen el parto, sino las «especialidades» propias. Son las Categorías parturientas de las Ideas. Tal, la tesis de mi este ensayo.

Echaréis ya de ver que para sustentarla es fuerza, primero, sentar algunos prenotandos que sirvan de fundo a nuestro análisis, so pena de quedar en sólo un ejercicio de hermenéutica desbocada. Veamos.

(5) Cfr. Gabriel Albiac, *De la añoranza del poder o consolación de la filosofía*, Hiperión, Madrid, 1979, pág. 181.

(6) Plutarco, *Platonicæ quæstiones*, 999δ.

[*Excursus*:

Gustavo Bueno ha penetrado el misterio dialéctico al subrayar cómo la perspectiva que concibe *sub lumine philologiæ* los materiales histórico-filosóficos se encuentra, a las veces, en *conexión dioscúrica* con aquella perspectiva que contempla esos mismos *materiales sub lumine philosophiæ*. Dechado fehaciente de ello es la celebérrima contienda Ortega-Curtius a propósito de Goethe, pero asimismo las rigurosas enmiendas filológicas –no exentas, por cierto, de «filosofías de filólogo» (oh Guillén)– que don Valentín García Yebra lanzó, por un lado, contra la univocidad entre la οὐσία y el ὑποκείμενον defendida por Zubiri, y, por otro, contra la traducción filosófica de la *Poética* llevada a cabo por García Bacca, el cual –censuraba insistentemente Yebra– habla por cuenta propia sin dársele un ardite de la mente del Estagirita. Diríase, en una palabra, que el nadador delio del cual decía Sócrates que se precisaba para entender a cabalidad los apotegmas heraclíteos no es el filósofo, pero tampoco el filólogo; en rigor –así Cástor y Pólux en la bóveda celeste–, los fulgores del uno han de apagarse para que los irradiados por el otro fosforezcan con suficiente majestad. Diríase, en el caso que nos ocupa, que al no tratarse de una exégesis *ad mentem Platonis* –y sí de una «retraducción sistemática»– lícito es que ella despierte los escrúpulos de filólogos y doxógrafos. Después de todo, ¡qué sería del quehacer filológico sin tergiversaciones filosóficas de los textos, y qué sería del filósofo sin los materiales que el filólogo considera con paciencia de benedictino *ad usum Delphinorum*! Por manera que de ambas perspectivas cuadra decir, *mutatis mutandis*, aquello que Vossio cuando hablaba de la Cronografía y la Geografía como los dos ojos de la Historia: *quorum altero si orbetur, lusca fiat*.]

§. III

Cerrado el excurso, volvámonos a los prenotandos. Comencemos con frase platónica (*Sofista*, 259e): la Filosofía, sumariamente definida, se ocupa τῶν εἰδῶν συμπλοκὴν, acerca del *entretejimiento* entre las *Ideas*. En ello consiste la sustantividad asintótico-apofática del saber –del *no-saber–* filosófico, desde la γνόφον τῆς ἀγνωσίας del Areopagita hasta el «inconocimiento» de Schelling, pasando por la *docta ignorantia* del Cusano y el *ars nesciendi* de Juan Luis Vives. Ahora bien, pese a encontrarse instalado en la indigencia –en la anfibolia, como dice Jankélévitch–, el filosofar va más allá de una inofensiva semignosis, detentando, con o sin Hegel, la ilación, la hechura, el *sabor* de una sabiduría rigurosa. *Satis sapida sapientia*, en quien se alternan el subterfugio y la penuria: Πόρος y Πενία. Sucede, sin embargo, que dicha «sustantividad» no es hipostática, y mentar las

Jorge Vázquez Vega. *Fenareta o la mayéutica de las categorías*
El Basilisco, nº 50 (2018), págs. 63-72. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

Ideas como materia privativa del saber filosófico supone, en rotundo, negar a la Filosofía el estatuto de un saber de primer grado, puesto que las Ideas no han lugar sin aporías categoriales. Son éstas las mulas que animan la tahona de la Filosofía. La Idea propia de συμπλοκή –refutación sin vuelta de hoja del monismo ínsito a la primera de las alternativas lanzadas por Platón en el trilema del *Sofista* (dicha en dístico del maestro Alfonso Reyes):

> Todo está en todo, luego nada importa:
> Verdad tan larga que se queda corta—;

la Idea propia de *symploké* –decía– nos da la pauta: *symploké*, Idea platónica –que no democrítea– cuya *génesis categorial* remóntase a la célebre aporía pitagórica que dice la irracionalidad de los lados del cuadrado por respecto a sus diagonales, y cuyo principio viene apagógicamente a decir: —¡No, un defecto en la nariz de Cleopatra no habría variado los saldos en la batalla de Accio, diga lo que quiera Pascal! A la *philosophia* de prosapia *helenocéntrica* (*pace* Jäger), *ergo*, han de anteceder saberes ciertos, inconcusos. (Quede dicho desde ahora y dejémonos de futesas: toda vez que la tradición nucleada en torno a la Hélade tiene el ser *nuestro* punto histórico de referencia merced a la naturaleza nomotética de los saberes a que dio lugar –en razón de lo cual dispone de una perspectiva *etic* capaz de reducir al resto de tradiciones–, «helenocentrismo» no es, no puede ser, la designación axiológica de un presunto –y en verdad inexistente– «prejuicio histórico» del que habría que «liberarse» en nombre de ninguna «descolonización epistemológica». En palabras del piadoso Esquilo: βύβλου δὲ καρπὸς οὐ κρατεῖ στάχυν, «el fruto del papiro no aventaja a la espiga».) Prenda es el epigrama –más fementido que factual, según ha mostrado doctamente Saffrey, pero ello nada cambia– que durante siglos tuvo la tradición por lema de la *Akademeia* platónica; en versión del erudito Juan Tzetzes: μηδείς ἀγεωμέτρητος είσίτω μου την στέγην, nadie entre bajo mi techo a menos que sea geómetra (*Quilíadas*, VIII, 975). Platónico sumo, filólogo por instinto, vale la pena de retener en su literalidad la glosa del cardenal Besarión: *quod in primis significare uidetur: eum a sacello philosophiæ arcendu esse: qui Geometriæ disciplina non sit institutus* (*In calumniatorem Platonis*, I, VIII, 1). *Se non e vero* –ha dicho Düring con razón– *e ben fatto*. Dejando aparte los avatares sinonímicos de ἀγεωμέτρητος en la antigüedad (ἄμουσος, ἀθεώρητος, &c.), no es desatentado preguntarse: ¿Por qué geómetra? ¿Por qué no político, por qué no fisiólogo, en el aristotélico sentido de esta palabra? (ʕ) Quizás porque la Geometría –ciencia la primera entre cuantas hacen el retablo histórico de las ciencias positivas–, sus acerados teoremas, desempeñaban el papel de asideros sin los cuales las disputaciones dialécticas habrían sido poco más que un *quiqueliquique*. Prenda es, también, el tratado debido al pitagórico Teón de Esmirna *Acerca de las matemáticas empleadas para la lectura de Platón*. ¿Quién, encontrándose ayuno de conocimientos geométricos, podría jactarse de haber comprendido el *Menón* o el *Timeo* del todo? —¡Mal hayan los α-geómetras!, impreca Maldoror. Resuene para ellos la cañaheja blandida por el espantable Otto Weininger contra los exégetas de su tiempo: comprenden la doctrina platónica lo mismo que un gusano las estrellas fugaces. Así el tirano Dionisio, quien, con sólo asistir a una lección, creyóse haber descubierto los quilates de las αγραφα δόγματα. Y basta de hacinar ejemplos. Los hay a mansalva, y fácil sería acrecer el caudal. Vienen todos a confluir en una misma proposición: los *conceptos*, a cuyo través las *Ideas* tienen lugar, son primero. Lo que no quiere decir –¡oh no!– que por virtud de no sé cuál «función ancilar» sea la Filosofía fámula de no sé cuál percha de maulero llamada «Ciencia»: *philosophia est ancilla scientiæ*, del Círculo de Viena.

Hablo como en oráculos, bien lo sé. *Brevis esse laboro...* Comencemos de nuevo. Nunca es tarde. Y ya que he hablado de *las Ideas como materia privativa del saber filosófico*, comencemos por explicar lo que entendemos por Idea. En rigor: lo que entendemos por *la Idea de Idea*, como a seguidas intentaré mostraros.

Mucha es la confusión a que suele dar pábulo el término Idea. ¿Qué es una Idea? –*Une image qui se peint dans mon cerveau*, contestaría Voltaire, definitivo. Los hay que se figuran las Ideas tal pequeñas minervas entronadas en la silla turca del esfenoides, a la espera de que un chispazo de «la mente» las dispare hacia no se sabe dónde. *Sed contra*. Básteme decir que el vocablo *Idea* –el cual, como sabéis, no es más que la transliteración del par de vocablos griegos Ἰδέα/εἶδος– concíbese aquí no bajo la especie de su pobre y socorrida acepción psicológica, «subjetiva» (al modo de Locke, surgiendo *ex mentis nostræ thesauro*, por utilizar la expresión cartesiana), sino objetual, *eidética* –que no jorismática (χωρισμός), i.e.,: cual si estuviesen las Ideas dadas de suyo y allende lo mundano, a manera de *substantias sempiternas* prestas a reflejar lo ὄντος ὄν, la real realidad, sobre la faz del νοός o «entendimiento». Es, por otra parte, el sentido prístino de las εἴδη grecoplatónicas[7], cuya forja léxica y cuya raíz estética evocan, sin excepción, el contorno apotético de *lo visto*; verbigracia: el contorno de una estatua o de una circunferencia. También son por estos lares las Ideas –como en la porfiada discusión entre Schiller y Goethe– ostensibles a los ojos. (Las voces Ἰδέα/εἶδος/ οἶδᾰ arrancan de ϝιδ-/ϝειδ-/ϝοιδ-, dependiendo del grado apofónico de la raíz, y el presente simple no obsoleto de εἴδω en su acepción activa –*yo veo*– es ὁράω, verbo emparentado con οὖρος, «vigilante». Baste a mostrar esta indicación filológica el factor «teleceptivo» del εἶδος.)

(7) Vide: P. Brommer, *ΕΙΔΟΣ et ΙΔΕΑ. Étude sémantique et chronologique des oeuvres de Platon*, Van Gorcum, Utrecht, 1940.

Jorge Vázquez Vega. *Fenareta o la mayéutica de las categorías*
El Basilisco, nº 50 (2018), págs. 63-72. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

Para mejor inteligencia de ello, visitad conmigo el lugar en que nos es narrada la *Entstehungsgeschichte* –que diría Lotze– de la *Idea de Idea*, en el sentido de eso «ajeno a los nombres»[8] a que el *Crátilo* apelara. Hállase en los *Elementa harmonica* (II 20, 16-31, 3) de quien acaso quepa reconocer como el más antiguo de los musicólogos *sensu stricto*, el peripatético Aristóxeno Tarentino. Cuenta éste acerca de la memorable conferencia *Περὶ τἀγαθοῦ* impartida por Platón en las inmediaciones del Pireo (los Manes de la Escuela de Milán-Tübingen me sean propicios), que el público sufrió el castigo del *penseque* al calcular que la lección platónica versaría sobre lo múltiple, sobre las riquezas, la salud y la fortuna, cuando en realidad no podía menos de tener como *leitmotiv* aquella *mathesis* en la sola ascética de la cual puede el filósofo alcanzar el peldaño dialéctico y ser, así, llevado en alas hacia la cumbre donde la Idea «autohipostática» (αὐθυπόστατον, diría Proclo)[9], la Idea por antonomasia y eminencia, esplende: «el Bien, no sólo con respecto al alma, sino el Bien sin más»[10], dirá muy luego Plotino. Tal *mathesis* –huelga explicitarlo– no era otra que la Geometría.

Así pues, y en vista de su irrecusable *estirpe categorial* geométrica, las Ideas no lo son «de un sujeto que las piensa» en la concavidad hermética de un *cogito* (digamos, «noéticas»), sino que tienen entidad objetiva, «noemática». Dirélo con Plotino y Aristóteles, si bien mudando a la doctrina de los Tres Géneros de Materialidad[11] –asaz simplificada, claro está– los valores de sendas nomenclaturas: las rectas euclídeas, longitudes sin anchura, no se agotan «en la cabeza» del geómetra [M_2] ni en la corporeidad pura del folio en que se trazan [M_1]; les corresponde, más bien, en calidad de acrónicas y atópicas, un género «hylético» doctrinalmente *análogo* al que acusa la «materia divina» (ὕλη θεία, o bien νοητοῖς ὕλης)[12] de que constan las ἀσωμάτοις οὐσίαις –sin menoscabo, desde luego (y esto sólo podrá sorprender a esos «no iniciados» «que piensan que no existe sino lo que pueden agarrar con las manos»)[13], de la naturaleza incorpórea que a su vez ostentan los estromas enclasados en la *materia spiritualis* o νοητή [M_2: sensaciones cenestésicas, exteroceptivas, kinestésicas, &c.], y aun ciertos estromas adscribibles a la «materia estética» o αισθητή [M_1: ondas electromagnéticas, campos tensoriales, fuerzas de Van der Waals, &c.]. Tal, la materialidad que a gala llevan las Ideas[14]. ¿Queréis ahora una demostración apagógica de su naturaleza no-separada, no-jorismática? Cuando la trayectoria de un móvil que sobre plano describe una recta inercial continua sufre una desviación parabólica por mor de cierta fuerza, dicha trayectoria inercial ha de ser representada en el plano mediante un vector discontinuo, porque la desviación parabólica es, ahora, la geodésica factual, física [M_1], del móvil acelerado. Es de todo punto verdad que el tal «vector punteado» no alude a una materialidad física; de ello no se sigue, empero, que la trayectoria originaria háyase desteñido de realidad, o que pueda reducirse a «lo mental» [M_2] (de ser así, la Mecánica toda veríase desmoronada), puesto que la desviación en parábola del móvil lo es –y lo es sólo– por respecto al vector punteado[15], *et hoc dicimus* M_3. (Dirélo una vez más: no es que la ontología materialista confiera a las materialidades eidéticas M_3 una prelación o primacía óntica, como si sobreyacieran a las materialidades primo y segundogenéricas [M_1 y M_2] en una suerte de estratificación climacológica; al contrario: ello es que M_1, M_2 y M_3 se hallan sinectivamente vinculadas –a la manera de los factores de un monomio– en lo que constituye un caso modélico de *symploké*[16]).

Ahondemos más: si las Ideas, con no ser trasuntos mentales innatos, tampoco son arquetipos megáricos sitos en ninguna topología hiperuránica o regio idearum; si la Idea propia de Idea, a más de ser objetual, realízase sólo a través de la totalización anagógica de conceptos hurtados al dintorno geométrico, el corolario ábrese camino por sí solo: las Ideas, materia privativa del saber filosófico, débense a las intersecciones científicas, técnicas o tecnológicas que las anteceden, y es en solas sus aporías que toman *trascendentalmente* origen. De ahí que tanto se empecinara el Padre-Platón en acarrear polígonos, sólidos y proporciones para discurrir en torno a lo Bueno; de ahí que en el *Filebo* se diga que la Musa filosófica emplea una cierta Geometría (φιλοσοφίαν γεωμετρίας)[17] –categoría, ésta, inspirada en cuyo rigor desafectado la Filosofía se conduce desde antiguo respecto de las Ideas, sin ponderar a unas más que a otras; por valerme de la tan ajustada analogía spinoziana: opera con ellas cual si de puntos, rectas y ángulos tratárase, bajo la pauta diairética del διαμέτρῳ καὶ τῇ τῆς διαμέτρου διαμέτρῳ (*el diámetro y el diámetro del diámetro*, se lee en *Político*, 266a). De ahí que Aristóteles diga que en el διαλεκτικαῖς συνόδοις, en el encuentro dialéctico, los contrincantes se andan de consuno en pos de lo verdadero καθὰπερ

(8) 438d.

(9) *Elementos de Teología* (trad. cast. de Francisco de P. Samaranch), Aguilar, Buenos Aires, §40 y ss., pág. 60 y ss.

(10) *Enéadas*, I, I. 7, 5 (Gredos, Madrid, 2008).

(11) Vide: Gustavo Bueno, *Ensayos materialistas*, ed. cit., Ensayo II: Doctrina de los Tres Géneros de materialidad.

(12) No ha de confundirse esta νοητοῖς ὕλης con aquella «materia noética» (ὕλη νοητή) que Aristóteles mienta en *Met*., Z, 10, 1036a, 10.

(13) Platón, *Teeteto*, 155e.

(14) Cfr. Sexto Empiríco, *Contra los profesores*, III, 57; Plotino, *Enéadas*, II, II. 4, 16; Gustavo Bueno, *Materia*, Pentalfa, Oviedo, 1990, págs. 19-49 y *Ensayos materialistas*, ed. cit., págs. 108-109 y 409.

(15) Vide: Gustavo Bueno, «Sobre la Idea de Dialéctica y sus figuras», *El Basilisco*, nº 19, 1995, 3 págs. 45-46 y Pelayo García Sierra, «Diccionario filosófico», II, §1., 75.

(16) Vide: *Sofista*, 252e: «que algunas cosas puedan [mezclarse] y otras no». A propósito de la reinterpretación bueniana de la συμπλοκή platónica como «principio rector» del materialismo, vide: Gustavo Bueno, *El papel de la filosofía en el conjunto del saber*, Ciencia Nueva, Madrid, 1970, pág. 230 y ss.

(17) 56e.

Jorge Vázquez Vega. *Fenareta o la mayéutica de las categorías*
El Basilisco, nº 50 (2018), págs. 63-72. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

τὸν γεωμέτρην γεωμετρικῶς[18], es decir: tal y como el geómetra geometriza. De ahí, a la por cima, que propiamente y sin metáforas baldías pueda afirmarse el que las Ideas filosóficas toman origen a flor de tierra, y que «más que hablar de "*symploké* de las ideas", habría que hablar de "*symploké* de las realidades", porque las ideas no se relacionan en un mundo celeste, sino en el mundo material al cual pertenece el hombre»[19]. Del mismo modo en que –al decir de Marvin Harris– los «fenómenos culturales» más pintorescos e inusitados poseen un fundamento práctico (infraestructural), las Ideas filosóficas, *mutatis mutandis*, y por «metafísicas» que ellas aparezcan (en el sentido de Babieca: —Metafísico estáis), se fundan en realidades rudas, cercanas y modestas[20]. ¿No fue, por ventura, del concepto técnico de «labrantío» que la refinada Idea de χώρα hubo de tomar origen? A flor de tierra, por cierto. Las Ideas son siempre ctónicas. Y, de cuando en vez, lapidarias. —¿Lapidarias?, me preguntaréis. —Sí. Y el sintagma se os hará todavía más oscuro si os digo que no se trata del muro de Enoanda en que hizo inscribir Diógenes los petroglifos epicúreos. En recta y literal doctrina, trátase de Ideas cuyos analogados primos son –*a parte rei*– litológicos[21], pétreos, las piedras del cabuquero Sofronisco. Ya veis que no hay industria forastera al cuidado del filósofo. Epícrates, el comediógrafo, lo ha retratado a ras de sembradío, escrutando *el puesto de la calabaza en el Cosmos...* Para vergüenza de las criadas tracias (el pozo era, en verdad, un periscopio), los filósofos no son, pues, nefelibatas ausentes en la Hiperbórea del pensamiento.

§. IV

—Bien; pero ¿y la mayéutica de las categorías?

Habida cuenta de que no puedo alargarme como sería menester a propósito de la Idea de *Categoría*, diré –aun a riesgo de incurrir en una torpe simplificación y por no repetir lo consuetudinario– que «Categoría» es el mote ontológico (*ordo essendi*) de cualquier ciencia positiva (*ordo cognoscendi*), puesto caso que «la» ciencia cuyos conceptos toma la Filosofía como términos *a quo* no es, ni de lejos, una ζητούμενη επιστήμη –una ciencia que, de puro indeterminada, *cereum habet nasum*, tiene la nariz de cera–, sino las ciencias positivas en cuyo dintorno pululan contenidos tan irrevocables como la colinealidad entre los puntos que conforman la recta transversa en el teorema de Menelao. Dicho de otra suerte: aquellos círculos «punteados» e irrebasables que acotan a las *ciencias efectivas* es a lo que la gnoseología materialista llama *categorías*. (Adviértase que «ciencia positiva» es, *formaliter*, un pleonasmo; una tal redundancia puede, no obstante, precaver a los más incautos contra disciplinas que usufructúan el estatuto de *ciencia* sin títulos.)

Dicho lo cual, veamos ya de desentrañar el alcance de nuestra mayéutica objetiva.

Según hemos aludido de soslayo, dos son los aspectos de la técnica mayéutica que Sócrates dice hallarse emparentados con la labor del filósofo. Por un lado, se dice que éste y la comadrona son *secundum quid eadem* en cuanto al modo de ejercer la μαίευσις o partería, pero *simpliciter diversos* en cuanto al objeto y el fruto de la misma; es decir: ambos a dos acucian el parto, ambos a dos hacen cala y cata de lo engendrado, pero en tanto que al uno atañen los «partos del Entendimiento», la otra se ocupa de los «partos materiales». Por otro lado, se dice que es sólo a condición de ser nulíparos que entrambos pueden ejercer su «oficio». La esterilidad les viene impuesta por decreto de dioses gemelos: Ártemis –la μογοστόκος–, para el caso de las comadronas, y Loxias –el Παιήων–, para el caso de los filósofos. —Siéndome imposible dar a luz, el dios me compele a socorrer en los partos ajenos, dice Sócrates. Poniendo el dedo en el enigma, Plutarco interpreta este segundo aspecto notando que quien engendre algo por sí propio lo amará por ello mismo, aunque de suyo carezca de valor; de aquí se infiere –remacha– que el dios ha prohibido al filósofo todo alumbramiento con el fin de preservar la pureza elénctica, catártica, del método mayéutico.

Sea como fuere, verdad es que Sócrates –suerte de Vulcano que con el destral hiende la cabeza de Júpiter para haber de parir a Minerva– ha de incumbirse de todos los saberes μὴ καθ' ἕκαστον ἔχοντα ἐπιστήμην αὐτῶν[22], sin cuidarse de «micrologías», que dice Schopenhauer. Es el destino fijado por Heráclito a los «varones aficionados a saber»: χρὴ γὰρ εὖ μάλα πολλῶν ἴστορας φιλοσόφους ἄνδρας εἶναι, «pues bien han de ser de muy muchas cosas investigadores los hombres aspirantes a sabiduría»[23]. Su especialidad consiste –dirá don Eduardo Nicol– en carecer de especialidad. Es ésta la «especialidad de la no especialidad» de que hablaba Vasconcelos: ese «deber que compete al especialista y el técnico de las ideas generales». Al igual del Eros órfico –εὐπάλαμον, διφυῆ, πάντων κληῖδας ἔχοντα–, es Sócrates, en una palabra, *trascendental*.

En obediencia del cauto adagio *festina lente*, permitid que me demore acerca del aspecto positivo que aquí reviste el vocablo *trascendental*. Es de temer que, en

(18) *Top.,* 161a, 34.

(19) Gustavo Bueno, *El papel de la filosofía en el conjunto del saber*, ed. cit., pág. 231.

(20) «Incluso hay Ideas que pueden ser "objetos" de taller filosófico, tan particulares y empíricas, como la Idea de Mesa, o la Idea de Marco.» *Ibíd*., pág. 253.

(21) Gustavo Bueno, «Filosofía de las piedras», *El Catoblepas*, nº 58, 2006.

(22) Aristóteles, *Met*., A, 2, 982a, 8-9.

(23) Heráclito, DK22B35 (la traducción corresponde a don Agustín García Calvo: *Razón común. Edición crítica, ordenación, traducción y comentario de los restos del libro de Heráclito*, Lucina, Zamora, 1985).

Jorge Vázquez Vega. *Fenareta o la mayéutica de las categorías*
El Basilisco, nº 50 (2018), págs. 63-72. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

oyéndolo, a más de uno os vengan a las mientes aquellas consabidas –y anfibológicas– líneas de la *Crítica de la razón pura*: «Llamo trascendental a todo conocimiento que se ocupa, no tanto de los objetos, cuanto de nuestro modo de conocerlos, en cuanto que tal modo ha de ser posible *a priori*»[24]. Sea dicho lo siguiente a efectos de simple justeza filológica: Félix Duque, grande autoridad, ha cautelado acerca de la incomprensión que resulta de citar o parafrasear descontextualizadamente el pasaje, ya en su primera versión, ya en la segunda: «(En A, el final de la frase es ligeramente distinto: "cuanto de nuestros conceptos a priori de los objetos en general"). En realidad, las dos versiones son poco exactas –si se leen aisladamente–; ni se conocen trascendentalmente objetos, en plural (sino sólo el Objeto en general, llamado en A "Objeto trascendental"), ni el conocimiento tiene lugar exclusivamente por conceptos: éstos han de ser expuestos o "construidos" en intuiciones puras»[25]. En cualquier caso, no es la encarnación «epistemológico-fenomenológica» del vocablo la que nos interesa –ni siquiera con arreglo al *transcendentalen Materialismus* en que Fichte cifrara la posición del *Ich* por el *Nicht-Ich*. Más arriba lo hemos sugerido, al decir que las Ideas toman *trascendentalmente* origen en las aporías categoriales. ¿Cuál es, pues, el sentido a que debéis contraeros? —*Sunt autem sex transcendentia, videlicet ens, res, aliquid, unum, verum, bonum: quæ re idem sunt, sed ratione distinguuntur*. Mal puede dispensarse de conocer estos latines quien frecuenta la filosofía de Gustavo Bueno. Abren el capítulo segundo, intitulado *De transcendentibus*, del dudosamente achacado a Tomás de Sutton *De natura generis*. En vano rastrearéis la cita dentro del *corpus* bueniano. Y, sin embargo, no es de olvidar el valor fundante que los *transcendentalia* –o, conforme a la nomenclatura del Canciller Felipe, *communissima*– tienen por lo que a la Idea materialista de *trascendentalidad* se refiere. *Res, Ens, Verum, Bonum, Aliquid, Unum* (el *Pulchrum* se encuentra enclasado así en el *Verum* como en el *Bonum*, toda vez que *pulchritudo est veritatis et bonitatis splendor*, «y hasta pudiera apellidarse la bondad de lo verdadero»[26]), cátate las seis propiedades trascendentales de todo ente, convertibles en cuanto tales *in æquo*, sí, pero diferentes por concepto de razón. Discurriendo una etimología de curioso sabor (*'meta', quod est 'trans', et 'ycos' 'scientia'*), Duns Scoto llamó a la Metafísica *transcendens scientia, quia est de transcendentibus*[27], i.e., de las propiedades que atañen a lo ente *reduplicative*[28]. *La Escuela habría de conceptuarlas más tarde como «R. E. V. B. A. U.», acrónimo el cual se trocaría en revbau*, uno de los muchos barbarismos que los escolásticos se encargaron de tesaurizar en la lengua latina. *Lo Real, lo Ente, lo Verdadero, lo Bueno, lo Algo* y *lo Uno* son –dirélo en la paráfrasis que del Angélico hace Heidegger– «los caracteres de ser que están más allá de toda posible determinación quiditativo-genérica de un ente, de todo *modus specialis entis*, y que convienen necesariamente a todo "algo", sea éste el que fuere»[29]. De suerte que, identificándose en el ente, dichas propiedades se apellidan trascendentales en virtud de su índole supra o transcategorial (*transcendenti X prima genera*[30], es la fórmula utilizada por Fray Nicolás Bonet), puesto que cunden con irrestricta profusión «en todas las cosas y en todos los géneros y grados de ser»[31]. No otro es el origen del «sentido castellano» a que Gustavo Bueno restringe el vocablo «trascendental» en su *¿Qué es la filosofía?*, al hablar «de una transformación efectiva del concepto categorial originario de lugar en una idea trascendental (en el sentido positivo –*explicita*– que damos a esta expresión, de acuerdo con su sentido castellano, en frases como, por ejemplo, la siguiente: "pena de infamia trascendental a los herederos")»[32]. ¿Qué mucho? Es vestido de tal acepción positiva que el padre Feijoo le emplea para referirse a la hipocresía como «vicio trascendente», y es así vestido que figura en la tan sonada Constitución mejicana de 1836: «Toda pena, así como el delito, es precisamente personal del delincuente, y nunca será trascendental a su familia» (Ley quinta, art. 51).

Trascendental es, de consiguiente, aquello que rebasando su punto de origen *transversa* y se escabulle por entre la inmanencia de otros «géneros», sin reducirse a ninguno. ¿Géneros, he dicho? No por azar. Si se dice que las Ideas tienen lugar a través de un *proceso dialéctico*, el adjetivo «dialéctico» no ha de ser traído y llevado cual si de una muletilla meramente ornamental se tratara; las Ideas comportan siempre una génesis dialéctica porque proceden del rebasar por *metábasis* (de μεταβαίνω, *transversar*, como en la «transcategorización» de los lingüistas); las Ideas –repito– proceden del rebasar por metábasis los conceptos la categoricidad que les es propia: μετάβασις εἰς ἄλλο γένος. Sea, a guisa de ejemplo, la Idea de Revolución. Ella supone la totalización sistemática de los muchos conceptos de revolución (mejor dicho: de las aporías que la intersección de éstos arroja) con que nos encontramos a lo largo y ancho de muy distintas «regiones del saber»;

(24) I. Kant, *KrV*. B-25 (en la primera edición, el pasaje corresponde a A-11). Sigo la traducción de Pedro Ribas: Gredos, Madrid, 2010.

(25) *Historia de la Filosofía Moderna. La era de la crítica*, Madrid, Akal, 1998, pág. 47, n. 28.

(26) Ceferino González, *Filosofía elemental*, Libro IV, cap. II, art. III, §II, 2a.

(27) *Quæstiones super libros Metaphysicorum*, I, prol., n. 18, en *Opera philosophica*, vol. III, pág. 9.

(28) «*Propositio propriè reduplicativa est illa, quæ afficitur particula* in quantum», explica Fray Domingo de Soto: *Cursus philosophici ex doctrina sapientissimi Magistri*, Lib. II, cap. 27: De reduplicativis, §.III, 5.

(29) *Ser y Tiempo* (trad. cast. de Jorge Eduardo Rivera), EU, Chile, 2005, pág. 37.

(30) Vide: *Metaphysica*, I, c. 1 (ed. Venice, 1505, fol. 2ra); Apud. J. A. Aersten, «Medieval philosophy as trascendental thought. From Philip the Chancellor (ca. 1225) to Francisco Suárez», Brill, Boston, 2012, cap. 10, pág. 482, n. 136.

(31) Ceferino González, *op. cit.,* Libro IV, II.

(32) Gustavo Bueno, *¿Qué es la filosofía?*, Pentalfa, Oviedo, 1995, Pt. 1ª, II, pág. 22.

Jorge Vázquez Vega. *Fenareta o la mayéutica de las categorías*
El Basilisco, nº 50 (2018), págs. 63-72. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

así, el geómetra le contempla como la rotación de una generatriz; el astrónomo, como el remate orbital de un cuerpo celeste, sinódico si respecto al Sol, sideral si respecto al fondo estelar; el sociólogo, como un «trueque de paradigma»; el estadista, como una sublevación o un cuartelazo. Nociones, todas, acorraladas en esa univocidad de infranqueables barreras que a los saberes de primer grado acota. Inconmensurables como son, sus translaciones e intersecciones acarrean consigo un fardo de aporías cuya penuria, cuya πενία (aquí la vieja fábula del Eros) sólo al «pobre-rico-en-recursos» le es dable sortear. Abrid vuestros *Diálogos* en *Eutidemo*, 290c. Allí, arrobado por el δαίμων filosófico, Clinias dice con todas las letras que los geómetras, los astrónomos y los maestros de cálculo ceden sus hallazgos al dialéctico, *sive* filósofo. Y es que tarea es reservada para la crítica filosófica el domeñar las aporías en la Idea, sí, mas no a objeto de conmensurar los conceptos, no. Cuidado. Ni por semejas las Ideas resuelven la inconmensurabilidad entre los conceptos en unidad sinalógica de ninguna laya. Como que las Ideas son totalidades cuya contextura es aporética. Y nada más. Hija de Poros, hija de Penia, la filosofía es δαιμονίη –θεῖόν τι καὶ δαιμόνιον ὄντως χρῆμα, dice el Pseudo-Aristóteles–, mediadora entre los dioses (las Ideas) y el mundo de los hombres (las Categorías); a su través se lleva a cabo ἡ ὁμιλία καὶ ἡ διάλεκτος θεοῖς πρὸς ἀνθρώπους[33], precisa la mujer de Mantinea. No en vano Gustavo Bueno se vale, para situar a las Ideas en su justísimo paraje (τὸ μεταξὺ πλανητὸν, pero también *der Holzweg der Holzwege*), de aquellos dioses epicúreos que en los μετακόσμια o *intermundia* se solazan: «Cabría decir que la filosofía, como trato con las Ideas, vive, no sobre ni debajo de los mundos, sino en los *intermundos categoriales*. Porque las Ideas, como los dioses epicúreos, no están fuera del mundo de las categorías, ni dentro de cada categoría, sino en los intermundos categoriales, en sus intersticios; sólo que no son ingénitas, ni tampoco, por tanto, imperecederas»[34].

Français, encore un effort... Nos acercamos al blanco. Reunámonos con Sócrates, allá donde lo abandonamos.

Atajando, digamos que el título de trascendental le viene a Sócrates de δια πάντων των μαθημάτων ήχθαι, de haber transitado por todos los saberes, según la fórmula de admisión –apócrifa o no, tanto monta– atribuida por el emperador Juliano al Perípato aristotélico[35]. Como en Ateneo, como en Luciano, sólo en sentándose a la mesa de los especialistas, sólo en escurriéndose cual anguila o culebra por entre los intersticios de los discursos ajenos, sólo en compareciendo ante figuras sin la querella con (y sin la existencia de) las cuales no cabe figurárselo, es que Sócrates se tiñe de realidad.

(33) Platón, *Simposio*, 203a.

(34) *Teoría del cierre categorial*, Pentalfa, Oviedo, 1993, vol. 2, Pt. I.2.2., art. IX, §61, pág. 246 (618). El subrayado es mío.

(35) *Contra Heraclivm Cynicvm*, 24, 237D, 22-23.

§.V

Tras de tan varios discrímenes y distingos, nos encontramos ya –esta vez sí– en condiciones de operar la prometida coloración objetual de la mayéutica. Hela aquí.

Por lo que hace a la μαίευσις practicada por la filosofía, colígese de todo lo antedicho que es sólo a través de la *mostración* de las aporías dadas en el ayuntamiento o intersección de las categorías (a esto suelen llamar «interdisciplinariedad») que es posible remontar, en el *regressus*, hasta el común denominador de la Idea, cuya función metamérica salva el fenómeno en los escalonados pasos del *progressus*. Medítese, a este respecto, en la semejanza establecida por Menón entre Sócrates y el νάρκη o «pez narcótico», pez el cual –según nos informa Aristóteles– ναρκᾶν ποιοῦσα, produce sopor a los peces que se allegan a su escondite bajo las arenas. En *The Aporia-fish in the Meno*[36], Thomas Torp ha escudriñado con grande erudición la simbólica de nuestro animalejo en la trama del *Menón*. Su nombre linneano –nos dice– es *Torpedo Torpedo*, y se caracteriza por irradiar calambres eléctricos que entorpecen, que *aporetizan* a su presa hasta convertirla en un despojo inmóvil. No es de extrañar que Sócrates se queje del parangón. Así lo hará en el *Simposio*, cuando Alcibíades dé rienda suelta a su ingenio y le compare a los flautistas y a los sátiros. Mas, si bien tiene su poco de impertinencia, motejar a Sócrates de aporetizador tiene, al fin y a la postre, también su poco de verdad. (Pues qué, ¿no comparó Kierkegaard a Sócrates con el *kobold* precisamente por esa su índole aporética?). Y es que si de él se ha dicho que es el tábano –una suerte de moscarrón que enloquecía a las vacas a orillas del Nilo–, *a fortiori* se le llamará νάρκη, por cuanto la imagen del «pez torpedo» descuella que la labor del *partero de las Ideas* no estriba sino en la aporetización de las especialidades. La mostración –tautológica a primera vista– de que el triángulo geométrico no se constituye de referente, significado y significante (triángulo semiótico de Ogden-Richards), sino de segmentos y vértices, es una buena muestra de dicha labor aporetizadora, puesto que sólo a través de tal inconmensurabilidad se echa de ver, sin ambages, que la noción de triángulo habita en al menos dos campos categoriales, la univocidad de los cuales no admite reducciones de ninguna clase. Amén de una multiplicidad de conceptos, es el triángulo, por ende, una totalidad de aporías en sola cuya anagnórisis, en solo cuyo reconocimiento, es posible partear la Idea.

Por lo que hace a su condición de «reverenda solterona» (*pace* Farrington), se colige a su vez de lo anterior que, a fuer de estéril, la sustantividad de la sabiduría filosófica no lo es *secundum se*; depende del *concipere*, de los conceptos que al interior de los

(36) En *Plato's Animals: Gadflies, Horses, Swans, and Other Philosophical Beasts*, Indiana University Press, Bloomington, 2015, págs. 60-76.

Jorge Vázquez Vega. *Fenareta o la mayéutica de las categorías*
El Basilisco, nº 50 (2018), págs. 63-72. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

saberes de primer grado campean diaméricamente. Así la irracionalidad de las raíces √5, √7, √17 que Teeteto ofrece a Sócrates antes de saltar a la palestra del «saber» a secas, o bien las consideraciones analógicas del *Político* en torno al arte de trabajar la lana o ταλασιουργική, sin las cuales la trillada figura del «tejedor regio» sería menos que un figurón de teatro. Por donde resulta –oh Gorgias, oh Calicles– que no es la filosofía una profesión a la que dedicarse al margen de toda otra disciplina, de toda otra «ciencia especial»; no se pretende a Penélope como se pretende a las hetairas, no se dedica uno a la filosofía como otro a la jurisprudencia o a la medicina, sino que la primera inmiscuye su hoz en la mies del resto. Y baste con lo dicho en punto a la esterilidad de la mayéutica.

Hay más. De propósito he reservado para el final el *factor crítico* que la mayéutica de las categorías conlleva. Entreabriré la puerta sólo para cerrarla casi de inmediato, que va siendo ya muy luengo mi argumento.

[*Excursus*:

La *crítica*, o mejor, la *crysi* (así, sin «s»: κρίση) de que a seguidas voy a daros apenas un borroso esquicio, en nada se aviene con aquel «pensamiento crítico» al cual ciega el mucho polvo que del trigo emana al someterlo a criba. Me explicaré. El símil se encuentra en *Quijote*, II, cap. VIII. Refiriéndose a la simpar Dulcinea, Sancho dice a don Quijote estas sutilísimas –pero bien puede ser la sutileza nada más que una proyección mía– palabras: «y debió de ser que como su merced estaba ahechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció». Es esto lo que acontece a los criteriólogos de nuestro tiempo. A fuerza de tanto *ahechar* (κρίνειν, cribar) cuanto les cae sobre las manos, la vista se les nubla en una suerte de *kritik der kritischen kritik*.]

Luego de haber despachado a los poetas y a los políticos, Sócrates da con los «técnicos» en su periplo por el ágora. —Mucho sabían éstos –nos confiesa–, mas cojeaban del mismo pie que aquéllos. Siendo muy sabios (σοφώτεροι) en su «pequeña porciúncula de universo», se creían en posesión de la piedra filosofal y, pretendiendo aleccionar a Minerva en todo género de materias, acababan por no hacer ni *Ciencia* ni *Filosofía*; *weder Fisch noch Fleisch*, reza el proloquio alemán. Ello me recuerda la historia traída por el escéptico Francisco Sánchez a propósito de Esopo (*Quod nihil scitur*, 14). Preguntado éste qué sabía, no pudo menos de responder: «—Nada», pues a la misma pregunta habían respondido cierto gramático y cierto retórico: «—Todo», con lo cual nada le dejaron para saber. Así afirman quienes prestan al vocablo «Ciencia» valor de talismán: pues que todo es cienciable, pues que para sí usurpan los científicos el Mundo todo (la *omnitudo realitatis*), a la filosofía no le queda nada para saber.

Lo cierto es que, *velis nolis* y valga la «ciencia científica» lo que valiere, cuestiones hay que no son pasibles de análisis redondo, unívoco; cuestiones hay que escapan al cómputo de cualesquiera recintos categoriales; cuestiones hay, en suma, que han por fuerza de concebirse κατὰ φιλοσοφίαν. No quiere decir ello que tales *quæstiones* se hallen abandonadas de Ariadna, a merced de lo que a cada cual dé Dios a entender en función de la «ley Campoamor». No. Al otro lado del cristal por que se mira está, inapelable, τι τῶν ὄντων, la realidad de la cosa, con independencia del color que aquél gaste. *Tertium datur*: la inveterada disyunción *cientificismo* ∨ *relativismo* suele ser sobrescrito del ideoclasmo. Sean un par de acertijos que ilustren el absurdo a que ambos extremos conducen: ¿Cómo un rosario de símbolos algebraicos cuyo alcance intensional (así, con «s») fuera tan sólo tautogórico podría plantar cara al problema que presidía las viejas *Summas* escolásticas: *an Deus sit?*, ¿es que hay Dios? O bien: ¿Cómo transigir que la Idea de *Energía* –Idea ontológica donde las haya– viva presa de ese dualismo hilárquico-maniqueísta que, sin entender jota de lo que sea la energía cinética ni haberse asomado nunca al libro Θ de los *Metafísicos*, exhorta a las gentes a portar cuarzos en el cuello para –¡ay!– «repeler las energías negativas y polarizar las positivas»? A cuál más ignaro, en uno y otro caso trasluce la contumacia de rehuir a toda costa y por todos los vados el φιλοσοφεῖν, el de veras. Y cunda del filosofófilo la pregunta: —¿A qué la filosofía, si no me ahuyenta el dolor de muelas? *Consequentia mirabilis*: luego –¡atiza!– es fuerza filosofar.

La contienda –pluga a Dios que con quien nos entienda– se abre, comoquiera, «en el momento en el cual el hombre de ciencia comienza a filosofar. Es entonces cuando el materialismo reclama imperiosamente sus derechos»[37]. —¿Cuándo?

Cuando esos individuos particulares (en la particularidad de su vida privada, de su oficio, de su parroquia, de su arte o de su ciencia) entran en relación mutua, aunque no sea más que a través, por ejemplo, de una tertulia radiofónica; cuando entran en relación con otros individuos particulares ajenos a su círculo; cuando los cultivadores de un oficio, religión, arte o ciencia se disponen a "hablar en público", es decir, a hablar con gentes que practican otros oficios, religiones, artes o ciencias. Es ahora cuando la filosofía "abstracta" se hace imprescindible, aunque no sea más que como disciplina catártica capaz de mitigar el cúmulo creciente de necedades o tautologías que habrán de ser proferidas por quienes se ven obligados a tratar espontáneamente con "ideas abstractas" tales como "ciencia", "cultura", "religión", "libertad", "Dios" o "sentido de la vida"[38].

(37) Gustavo Bueno, *Ensayos materialistas*, ed. cit., pág. 25. Los subrayados son míos.

(38) Gustavo Bueno, *El sentido de la vida*, Pentalfa, Oviedo, 1996, pág. 13.

Jorge Vázquez Vega. *Fenareta o la mayéutica de las categorías*
El Basilisco, nº 50 (2018), págs. 63-72. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

No habréis olvidado que, además de suministrar fármacos y proferir conjuros que al parto sirvan de acicate –como los nigromantes tracios de Zalmoxis–, entre los atributos de la Comadre se cuentan, de una parte, la práctica del aborto («ayudan a dar a luz a las que tienen un mal parto, y si estiman que es mejor el aborto de un engendro todavía inmaduro, hacen abortar»), y, de otra parte, la προμνήστρια, el lenocinio, la alcahuetería profesada por Teodota y Aspasia, hetairas a quienes se ofrece llamar –ensanchando el mote de Charles Kahn– «Sócrates del gineceo». Francesca Pentassuglio, en un artículo de pulquérrima filología, donde procura restituir a los conceptos de προαγωγεία, μαστροπεία y προμνήστρια su importe paidéutico («Proagogeia, mastropeia, promnestria: mayéutica y paideia erótica en los diálogos Socráticos»; *Archai*, nº 18, sept.-dec., págs. 151-170), ha explicado la proporción que la τέχνη ayuntadora de Aspasia guarda respecto de la μαστροπεία socrática, identificándolas al cabo en el βελτίον γίγνεσθαι u *optimum esse* διὰ τὸ ἐρᾶν. Salva la contundencia filológica de los hallazgos adelantados por Pentassuglio, fácil es advertir que una tal identidad esfuma la *ratio* de que necesariamente ha de pender la proporción genuina (∝), la cual dáse sólo cuando los términos en juego se dicen *secundum quid unum, sed simpliciter diversos*; así en la expresión *8:4 :: 6:3*, donde *8/4* y *6/3* se dicen *secundum quid eadem* en cuanto al valor de los cocientes (*2, 2*), mas *simpliciter diversos* en cuanto a los dividendos (*8, 6*) y los divisores (*4, 3*). *Dico ergo* que la μαστροπεία en pureza –los amaños de la madre Celestina– difiere del lenocinio filosófico en esto: mientras que la casamentera subtiende a los tórtolos, el filósofo hace vez de celestino entre los peritos. —«A muchos los he mandado a Pródico», declara Sócrates, a tiempo que se cala la caperuza.

—*Istuc nunquam evinces apud Areopagitas Philologos*, se me dirá con María.

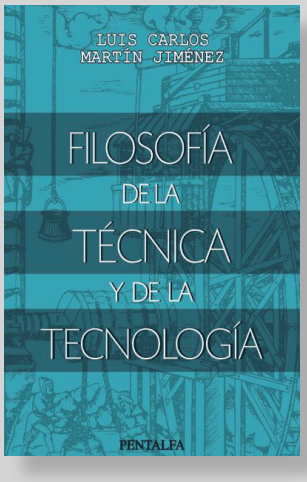
—Quizás –os digo con Pánfilo–, *sed at evincam apud Amphictyones Dialecticos...*

Pero importa todavía determinar cuál pueda ser el paralelo «teorético» de la praxis abortiva que la μαῖᾰ opera. Trueco, por último, el compás por el pincel.

Hétenos convidados a la sobremesa de los nematólogos. —¡Científicos!, se oye enmendar desde la cabecera. Pero «científico» se predica, isológicamente, así del químico como del geómetra, y no hay modo de que uno u otro se proclame tal sin arrancarse a los fueros de su ciencia al punto. Nematólogos, insisto. Conversan. Sobre la Felicidad, el Universo, la Conciencia. Cada uno lee cátedra de verdades sobre cuanto le viene al magín, autorizado en la inmanencia del campo que le cupo en suerte. O eso, al menos, se cree. Un sorites de espontáneos filosofemas va anudándose en redor de nuestra varia sobremesa. Tórnase ahora, el filósofo, en león implacable de los sabios («animal carnicero», llamóle Schopenhauer), al igual que Ártemis con las mujeres en el texto homérico: σὲ λέοντα γυναιξὶ Ζεὺς θῆκεν. Bien que silenos fértiles y genuinos, éstos, los sabios –léase físicos, médicos, químicos, matemáticos, antropólogos–, se mudan en silenos prepósteros, en *sileni præposteri* –fastuosos por fuera e inanes por dentro, al revés de aquellos estuches en que los escultores antiguos guardaban a porfía sus más venustos mármoles–; digo otra vez: bien que preñados de sabiduría, múdanse los sabios en silenos prepósteros a poco que osen reducir a las márgenes de su especialidad el Universo, y cumple a la naturaleza catártica del filósofo –ese aguafiestas, θεός ἐλέγχων– sofrenar las necedades resultantes del jardín de Adonis en que «la» Ciencia deviene al abandonar los especialistas su condición *silenoide* (σιληνῶδες). Tal, la *crítica*, la *crysi*, el quehacer triturador que Sócrates pondera como lo más grande que hay en su arte: «la capacidad que tiene de poner a prueba por todos los medios si lo que engendra el pensamiento del joven es algo imaginario y falso o fecundo y verdadero»[39]. Pura de esa dialéctica nihilizadora que Carnéades diera en semejar al pulpo devorando sus propios miembros. Mayéutica de las categorías, la hemos llamado:

οὐδ' Ἀσκληπιάδαις τοῦτὸ γ' ἔδωκε θεός[40].

Recibido: 20/4/2018
Aceptado: 26/4/2018



Luis Carlos Martín Jiménez

Filosofía de la técnica y de la tecnología

Oviedo, 2018
Pentalfa Ediciones

ISBN 978-84-7848-597-0

Pedidos:
permeso@permeso.es
http://www.permeso.net

(39) *Teeteto*, 150c.

(40) Teognis, *Elegías*, 432. El pentámetro es ajustado en esta forma por Plutarco en *Platonicæ quæstiones*, 1000γ. He aquí su forma original: εἰ δ' Ἀσκληπιάδαις τοῦτό γ' ἔδωκε θεός.